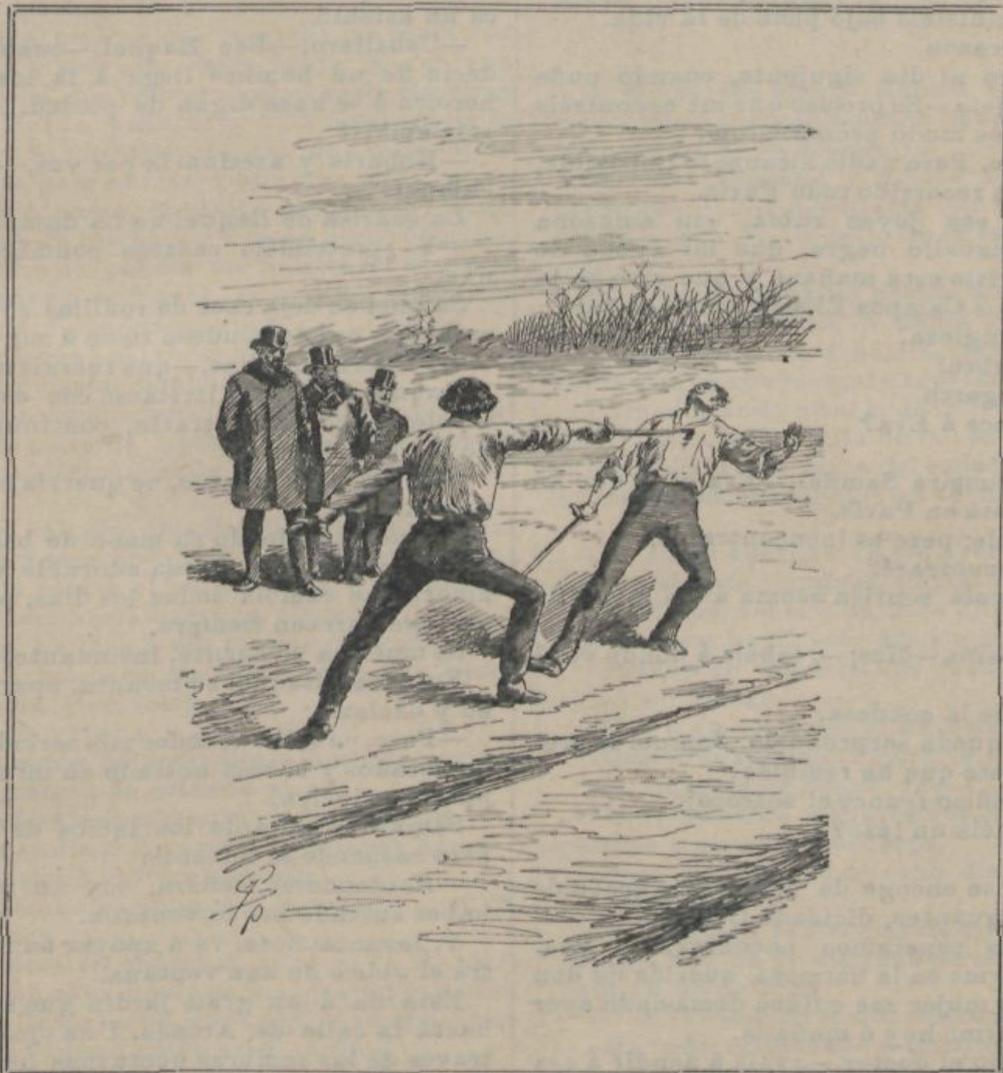


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, febrero de 1896 ↔ NÚMERO 69



LA ESPADA DE SAMUEL HA DESAPARECIDO EN SU PECHO (Pág. 540)

LA HERENCIA DE UN CÓMICO

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

Es el doctor.

El discípulo de Esculapio llega apresurado al gabinete de Samuel.

—¿Qué hay?—pregunta éste con impaciencia.

—Nada,—responde el doctor.

—¿Cómo nada?

—Absolutamente nada.

Samuel acaba de anudar su corbata; después se sienta y contempla á su médico.

—Vamos, amigo mío, entendámonos. El día en que recibí la estocada encontramos á Eva.

—¿Estáis bien seguro?

—Segurísimo. La reconocí, quería seguirla y me lo prohibisteis bajo pena de la vida.

—Y tenía razón.

—Sea. Pero al día siguiente, cuando pude hablar, os dije: «—Es preciso que me encontréis á Eva». Y vos me lo prometisteis.

—Es cierto. Pero nadie alcanza lo imposible, y en vano he recorrido todo París.

—Pero y esa joven rubia, con amazona azul y un caballo negro, que mi ayuda de cámara ha visto esta mañana y que vive en la avenida de los Campos Elíseos, ¿no es ella?

—Es una inglesa.

—¿Su nombre?

—Miss Hogarth.

—¿Se parece á Eva?

—En nada.

—Pero,—suspira Samuel,—Eva es la que he visto; Eva está en París.

—Es posible; pero es inencontrable.

—Yo la encontraré.

Una malévola sonrisa asoma á los labios de Samuel.

—A propósito,—dice;—¿sabéis á dónde voy?

—No.

—A casa de la condesa.

El doctor queda sorprendido. Samuel le presenta el billete que ha recibido.

Pero el médico frunce el entrecejo.

—¿No teméis un lazo?

—¡Bah!

Y Samuel se encoge de hombros y acaba de ponerse los guantes, diciendo fríamente:

—Mientras esperamos encontrar á Eva, voy á ocuparme en la hermosa querida de don Ramón. Esa mujer me odiaba demasiado ayer para no amarme hoy ó mañana.

—Así,—dijo el doctor,—¿vais á acudir á esa cita?

—Ciertamente.

Samuel llama y pide su carruaje.

—¿No podríais llevarme con vos?—pregunta el doctor.

—¡Estáis loco!—dice Samuel riendo.

Y descendiendo tarareando un aire alemán, llega al patio del hotel, sube al coche y dice al lacayo:

—Calle de Anjou, 72.

Allí está el hotel de la condesa.

XI

Raquel espera.

El negro le sienta á maravilla. Está más hermosa que nunca con su traje de luto, y si D. Ramón la viese se arrodillaría ante ella.

Pero no es á D. Ramón á quien Raquel espera.

Espera al hombre que odia y cuya pérdida ha jurado, á ese insolente barón Samuel, que cree que todo se compra, hasta el corazón de la mujer que no tiene necesidad de venderse.

Y Samuel llega.

Va con la cabeza erguida; una orgullosa sonrisa entreabre sus labios; tiene el aspecto de un conquistador.

La condesa le da á besar su mano y le indica un asiento.

—Caballero,—dice Raquel,—cuando la audacia de un hombre llega á la locura, ó es heroica ó se hace digna de piedad. Así, pues, ¿me amáis?

—Robaría y asesinaría por vos,—responde Samuel.

La sonrisa de Raquel no ha desaparecido.

—Y ¿pretendéis casaros conmigo?—continúa.

Samuel se deja caer de rodillas sobre un almohadón que la condesa tiene á sus pies.

—Preferiría,—dice,—que fuerais mi amante.

Raquel no parece irritarse con esta palabra insolente: por el contrario, continúa sonriendo y dice á Samuel:

—Si llegase á amaros, no querría ser vuestra esposa.

Samuel, cubriendo su mano de besos, canta la primera estrofa de esa adorable canción de amor, que cambia todos los días, pero cuyos aires se parecen siempre.

Se muestra elocuente, insinuante, atrevido.

Entonces Raquel se levanta, aparta su mano y exclama:

—Pero, caballero, todos mis servidores están levantados y habéis entrado en mi casa por la puerta principal.

Samuel se muerde los labios de despecho, pero responde al instante:

—Perdonadme, señora: soy un torpe. Debí haber entrado por la ventana.

Y, levantándose, va á apoyar su frente contra el vidrio de una ventana.

Esta da á un gran jardín que se extiende hasta la calle de Arcada. Una ojeada dada á través de las sombras nocturnas ha bastado á Samuel.

—Está bien,—dice;—volveré á media noche.

—¡Caballero!

—La sonrisa que no abandona vuestros labios me dice que estoy en lo fuerte. ¡Hasta la vista!

Y Samuel imprime un atrevido beso en el cuello de cisne de la condesa, y sale.

Cuando el alemán ha desaparecido, un relámpago de odio brilla en los negros ojos de la condesa.

—He leído,—murmura,—en una novela de Federico Soulié, que se titula *Las Memorias del Diablo*, un bonito final de capítulo. Hay un hombre que escala por la noche la ventana de una mujer. En el momento en que llega ante ella, siente apoyarse en su frente una cosa fría, como un anillo de hierro... ¡Es muy interesante!

Y, diciendo estas palabras, la condesa abre un mueble de madera rosada, y saca de él una caja alargada, incrustada de nácar y cobre, dentro de la cual se encuentran dos pistolas de salón con mango de marfil.

La bella condesa Raquel de M. reflexionaba. Sus reflexiones podían traducirse así:

—Pertenezco á una gran familia; soy riquísima, y mi situación personal me pone al abrigo de sospechas. Si un hombre es bastante osado para escalar por la noche las tapias de mi jardín, y ascender luego hasta la ventana de mi alcoba, me coloca en el caso de legítima defensa. Puedo, pues, muy bien destrozarle la cabeza de un pistoletazo, con una pistola de salón cuya bala es menor que una nuez, y que es, por otra parte, la única arma que tengo en mi casa. Si ese hombre venía para robarme, el comisario de policía me felicitará. Si venía para atentar á mi honor, el mundo aplaudirá mi energía. Esperemos, pues.

Estas últimas palabras eran la sentencia de muerte del barón Samuel Kloss.

El jardín era extenso. El muro que le separaba de la calle de Arcada tenía diez pies de alto y estaba flanqueado por una hilera de árboles.

Raquel calculó que Samuel esperaría á las doce; que á esta hora aplicaría ó haría aplicar una escala contra el muro, y que, á paso de lobo, se encaminaría hasta la ventana.

Esta se hallaba á dos metros del suelo; una rama de árbol permitía á Samuel subir hasta el marco de la ventana.

Raquel esperaba.

Pero cuando se acercaba la hora, la campana de la puerta de entrada sonó.

La condesa experimentó cierta emoción.

¿Quién podía ir á verla á semejante hora?

Poco después entró un criado.

Llevaba una bandeja en la mano, y en la bandeja una carta.

La condesa reconoció la letra de D. Ramón, y esperó á que el criado se marchase para romper el sello de lacre. Pero casi al momento se dejó oír un ligero ruido en el jardín.

—Ahí está Samuel,—pensó la condesa.

Y ocultó la carta en su seno, dejando la lectura para más tarde.

Después apagó de un soplo la bujía, y la habitación quedó sumida en la oscuridad.

El ruido, débil al principio, se hizo más per-

ceptible. Sobre la arena resonaron los pasos de una persona.

Después estos pasos se detuvieron debajo de la ventana.

Entonces la condesa vió una sombra negra dibujarse en las tinieblas.

Al mismo tiempo, el rumor de una voz llegó hasta ella; una voz apagada como el soplo del viento en los árboles, como el suspiro de un moribundo.

Esta voz murmuraba su nombre.

—¡Raquel!

—Aquí estoy,—respondió muy quedo la condesa.

La forma negra se precipitó entonces hasta el muro, se apoyó en una rama y se puso á trepar hasta el marco de la ventana.

En este momento el brazo perfumado de la condesa cogió la cabeza de Samuel.

Al mismo tiempo, el alemán sintió que algo frío se apoyaba en su frente. Después se produjo un relámpago, y tras éste una pequeña detonación semejante á la de una cápsula.

El brazo blanco de Raquel se distendió, y Samuel cayó inanimado bajo la ventana.

—¡Me parece que D. Ramón está vengado! —murmuró tranquilamente la condesa de M. Su calma no se desmintió.

Cerró su ventana y volvió á encender los candelabros, fué á sentarse junto al fuego y rompió, por fin, el sello de la carta de D. Ramón.

El pistoletazo había hecho tan poco ruido, que en el hotel nadie lo había oído. Además, eran ya las doce, y al día siguiente de unos funerales es conveniente acostarse pronto.

Todo el mundo estaba, de consiguiente, acostado: hasta la doncella de la condesa.

Raquel abrió la carta del español, que estaba concebida en los siguientes términos:

«Mi ángel adorado: desde ayer estoy poseído de una alegría criminal, impía. Perdonadme.

»Desde hace dos días, sois libre, y en esos dos días me he forjado mil sueños de ventura.

»Sueños de ventura sin obstáculos, de felicidad sin trabas.

»Vos y yo, es decir, el universo entero.

»Quiero contaros mi historia. He sido rey.

»Sí: palabra de honor, rey.

»Un verdadero monarca con corte, vasallos, palacio y guardias de corps.

»Rey, por espacio de ocho días, de una república del Sur.

»He firmado sentencias de muerte y he perdonado la vida de algunas personas que eran para mí un peligro.

»Una revolución me ha derrocado.

»He sido condenado á muerte; pero me han salvado; mejor dicho, me he salvado arrojándome al mar desde una altura de cien pies.

»Pero he dejado en mi reino un partido adicto y amigos fieles.

»Han combatido, han luchado y acaban de triunfar. El poder es suyo, es decir, mío.

»Esta mañana he recibido cartas en las que me llaman.

»Me han proclamado de nuevo, soy todavía rey.

»¿Comprendéis?

»¿Comprendes, mi bien adorado? Soy rey; me casaré contigo, y ambos reinaremos.

»Mientras yo te amaba me han reconquistado un cetro.

»Mi reino está en esas latitudes próximas á la Tierra del Fuego.

»A lo lejos, en el horizonte, entre la azulada

»¡Oh! ¡Qué me importa ahora París y su ridículo ruido!

»¿Qué me importa que viva ese ente pretencioso que se llama Samuel?

»¡Soy rey!»

Al llegar aquí, la condesa interrumpió su lectura.

—Y ¿qué me importa á mí,—dijo,— que sea rey?

Después continuó:

«Allá, bajo el Ecuador, me llamo Ramón I: tú serás la reina Raquel.



—Esta vez eres hombre muerto,—murmura (Pág. 541)

bruma de la mañana, se dibujan los picos de la sabana.

»Sobre la llanura descuellan los puntiagudos campanarios, las blancas quintas, los arrabales y las ciudades.

»Y la llanura es verde, separada por arroyos que se parecen á los ríos de Europa.

»Los caballos salvajes corren por ella á centenares; los búfalos van en manadas.

»El día en que me plazca, á una señal mía, verás acudir las tribus indias, adornadas con plumas rojas y tatuadas de azul, de amarillo y de negro.

»Se prosternarán ante nosotros, ante mí, el hijo de los hidalgos, los primeros señores de ese nuevo mundo; ante ti, la mujer de rostro pálido, nacida bajo un sol sin rayos y cuya sonrisa, sin embargo, arrebató los corazones.

»¡Vas á ser reina!

»Haced vuestros preparativos, señora: vended ó regalad vuestro hotel; realizad vuestra fortuna ó abandonadla. Dentro de ocho días partiremos.

»Un buque, fletado por mis vasallos, espera á sus soberanos en el puerto del Havre.»

Al leer estas últimas palabras, la condesa estrujó la carta y la arrojó al fuego.

—¡Este hombre está loco!—murmuró.

Entonces una perla del mar indio, una perla blanca y nacarada, transparente y que brillaba con todos los colores del prisma, apareció entre sus pestañas.

Era una lágrima que reflejó un momento la luz de las bujías, y después cayó, ardiente, sobre la mano infantil de la condesa.

—¡Ese hombre es dichoso!—dijo.

Después se encerró en un silencio feroz, y una segunda lágrima siguió á la primera. Cuando una mujer llora está en el límite ex-

tremo que separa la desesperación de la esperanza, el abatimiento de una resolución de sublime energía.

Raquel se despertó.

Es decir, sacudió el sopor moral en que la había sumergido su amor hacia D. Ramón.

—¡Cómo!— exclamó mirándose en un espejo vecino.—Ese hombre tiene la audacia de ofrecerme un trono en América. ¡A mí, que aquí soy reina! ¡Reina por la belleza, por el talento, por la elegancia, por la fortuna! ¡A mí, ante quien se arrodilla París! ¡Ese hombre es un

Sin embargo, á pesar de la oscuridad de la noche, Raquel vió sobre la tierra helada una cosa inmóvil y más negra aún que la noche.

Era el cuerpo de Samuel.

¡Oh las audacias de las mujeres! ¡Oh sus extrañas curiosidades!

¡Aquel rubio asesino, aquel matador de sonrisa divina, fué presa de un deseo ardiente de contemplar su obra de destrucción!

Aquel hombre ¿había muerto? ¿Respiraba todavía?

Raquel quería saberlo.



Ella le derramaba la curación, gota á gota, en una sonrisa, en un beso (Pág. 542)

fatuo insolente! ¡Ese hombre me insulta, me ultraja, atreviéndose á proponerme que vaya á reinar sobre sus salvajes, cuando reino aquí sobre el mundo civilizado!

Y los ojos de Raquel despidieron dos rayos capaces de hacer saltar la Santabárbara de un navío.

Después apoyó su cabeza entre ambas manos, en actitud soñadora y como perseguida por un remordimiento.

—He hecho mal en matar á Samuel,—dijo.

Este pesar era una confesión. La confesión implicaba una duda. La duda una esperanza.

Fué á abrir aquella ventana que insolentemente había cerrado, después que Samuel había caído inerte sobre el suelo del jardín.

Una vez en ella, se inclinó y miró.

La noche era oscura. En el cielo había una especie de bóveda de nubes, negra y plomiza, que no dejaba llegar á la tierra el centelleo de las estrellas.

Un silencio profundo reinaba en el hotel: todo el mundo dormía y todo se hallaba sumido en la más completa oscuridad.

La condesa salió de su cuarto, pasó al salón vecino, y abrió una puerta que daba á la escalera.

Esta escalera bajaba al jardín.

La noche estaba tranquila, ni el menor soplo de viento agitaba las hojas de los árboles.

El candelabro que llevaba la condesa no se apagó.

Atravesó el jardín y llegó hasta bajo la ventana de su alcoba.

Samuel yacía en tierra.

Raquel le vió á la luz del candelabro que tenía en la mano.

El alemán estaba inmóvil, su rostro estaba inundado de sangre, que salía gota á gota por un orificio redondo que tenía en medio de la frente.

¿Estaba muerto?

¿Vivía aún?

Al principio la condesa retrocedió espantada, con el corazón oprimido.

Sus cabellos estaban erizados, sus sienes húmedas.

Después, como empujada por el terrible adagio: *Lo que la mujer quiere, lo quiere Dios*, se acercó al inanimado cuerpo, quiso cerciorarse...

Y primero se inclinó.

Arrodillóse después.

Extendióse su mano, aquella mano rosada y blanca, con uñas de marfil.

Y esta mano tocó aquel cuerpo inerte, que no podía ser más que un cadáver.

Su manita se apoyó sobre el corazón.

Sobre el corazón de aquel cuerpo, hombre ó cadáver.

De pronto, Raquel arrojó un grito.

El corazón latía.

Latía débilmente, pero latía, en fin.

Lo que entonces sucedió, apenas bastaría un poema para analizarlo.

Dejó el candelabro en tierra, y con su pañuelo enjugó aquel rostro ensangrentado.

Después atrevióse á colocar su rosado dedo sobre aquel orificio sangriento.

No era profundo.

La bala, encontrando el hueso frontal, se había deslizado entre el cuero cabelludo y el cráneo. Corría la sangre, pero la herida no era mortal.

XII

Cuando Samuel volvió en sí, estaba acostado en un lecho desconocido para él.

Lujosos muebles, elegantes tapices, lecho colgado, rinconeras cargadas de mil fantasías ruinosas: nada falta.

Aquella es la alcoba de una mujer, la habitación llena de perfumes discretos y misteriosos, el santuario á cuya puerta se espera, sin duda, mucho tiempo.

¿Cómo ha entrado allí el barón Samuel Kloss?

Los primeros rayos del día penetran á través de las cortinas y mezclan su claridad indecisa con los reflejos rojos del fuego de la chimenea.

Una lamparilla arde aún sobre la chimenea. En el velador, colocada al alcance de su mano, hay una taza de un brebaje desconocido.

Y la habitación está desierta.

¿Dónde está, pues, Samuel?

El alemán intenta reunir sus recuerdos.

De pronto nota que unas vendas oprimen su frente.

Lleva allí su mano, y sus dedos se mojan. ¡Es sangre!

Entonces Samuel recuerda.

Recuerda que ha escalado el muro; que ha trepado hasta la ventana.

Después ha experimentado una sensación extraña, al mismo tiempo que oía un rumor insólito.

La condesa le ha asesinado.

Pero no ha nacido impunemente en ese país brumoso que se llama Germania.

Y tampoco se ha alimentado impunemente con las leyendas de la Selva Negra y los cantos del poeta Hedlig.

Samuel, que se duerme escéptico, se despierta á veces supersticioso.

Y Samuel se pregunta ahora si no está realmente muerto y si no ha abandonado la tierra por el país de las almas.

Felizmente, se abre una puerta.

Gira silenciosamente sobre sus goznes, y un paso ligero roza el tapiz.

Samuel ahoga un grito de sorpresa.

Es la condesa Raquel, que entra.

Anda sobre las puntas de los pies, pálida, conmovida, ansiosa.

Tal debía estar cuando velaba á la cabecera del español D. Ramón.

Y como Samuel la mira fijamente, se detiene.

Diríase que tiembla y que no se atreve á llegar hasta él.

Pero está tan bella, con su palidez, sus cabellos en desorden, su mirada febril y aquel descuido en el vestir, que indica las angustias pasadas durante la noche, que Samuel lo ha adivinado todo.

El barón comprende pronto y bien, y formula en seguida un pensamiento.

—Condesa,—dice,—ayer me habéis tendido un lazo y me habéis asesinado. Pero del odio al amor no hay más que el espesor de uno de vuestros cabellos de oro, y hoy me amáis.

A su vez, la condesa exhala un grito y va á sentarse en un sillón, teniendo entre sus pequeñas manos la calenturienta de Samuel.

En dulce coloquio se desliza el tiempo. Ambos se han olvidado de D. Ramón, á quien la condesa ha escrito antes la siguiente carta, llevada á toda prisa por un lacayo:

«Señor:

»Porque éste es el título que debo daros desde ahora, puesto que habéis vuelto á ocupar vuestro trono; señor, perdonad á la más humilde de vuestras súbditas que se atreva á hablaros con franqueza.

»Yo no soy de esta sustancia humana superflua (como diría un chocolatero) de la cual se hacen los reyes.

»Pobre hija de una buena casa, apenas soy de mediana nobleza, y el cetro sería para mí demasiado pesado.

»Además, os confesaré con toda mi humildad que estoy sujeta al mareo.

»El pensamiento de que tendría que hacer un viaje de cinco meses para ir á tomar posesión del trono que me ofrecéis, basta para causarme violentas náuseas.

»Por último, no me gusta el sol. En menos de tres meses habría adquirido un color cobrizo que no tendría que envidiar al de las mulatas.

»En una palabra: vuestras proposiciones no son aceptables.

»En consecuencia, las rechazo.

»Y como no quiero exponerme á alguna de esas escenas de violentos celos, cuyo secreto poseéis, no os ocultaré que en este mismo momento me voy de París.

»Adiós, querido. Reinad en paz.

»Raquel.»

Una vez enviada esta carta, la condesa ha ido á sentarse á la cabecera de Samuel. Unidas sus manos y sus labios, se entretienen en amoroso coloquio.

La condesa ha pasado, sin trabajo ni vacilación ninguna, del odio al amor.

—¡Pobre amigo!—dice.—¡He estado á punto de mataros!

Entonces explica á Samuel sus súbitos remordimientos, sus angustias, sus terrores.

Sólo con su doncella ha tenido el valor de transportarle á su cuarto.

Allí, ayudada por ella, le ha vendado y le ha metido en el lecho.

Finalmente, un criado ha ido á buscar á un médico. El médico ha venido y debe volver por la mañana.

—Es un viejo,—dice la condesa;—pero tengo en él la mayor confianza. Me parece un pozo de ciencia.

—Señora,—dice una voz joven y fresca, mientras que un brazo blanco levanta el portier,—es el médico.

—Que entre,—responde la condesa.

Y el médico entra, en efecto.

Es un viejo, alto, sano y de mirada brillante. Va vestido de negro, y, como todos sus colegas, lleva corbata blanca.

Saluda profundamente á la condesa y se acerca al lecho.

Pero, de pronto, Samuel exhala un grito:

—¡Mi padre!

Aquel hombre, vestido de negro con corbata blanca, se parece al carretero del *Unicornio*, al correo del gran duque, al criado á quien encargó llevase una misiva á Débora, la judía.

Se parece, en una palabra, al difunto actor Kloss, que reposa y duerme su último sueño en la capilla mortuoria de Kurbstein.

—¡Mi padre!—repite Samuel, espantado, mientras que la condesa le contempla con estupor.

Pero el médico, impasible, se vuelve á la condesa y exclama:

—Hay un poco de fiebre, y la fiebre ocasiona un ligero delirio. La prueba es que este joven me toma por su padre, á mí, al doctor Sarrazin, nacido en Brie-Comte-Robert y que ejerzo mi profesión en París desde hace cuarenta y tres años.

Y como Samuel, atontado, continuaba mirándole, el doctor añadió:

—Además, soy viudo y nunca he tenido hijos.

XIII

Los primeros besos del viento de abril acarician los floridos árboles. París está alegre. El barón Samuel corre por el bosque.

Conduce él mismo su gran faetón, tirado por dos *steppers* ingleses. El doctor está á su lado.

Detrás de ellos, dos *grooms* con librea blanca cruzan indolentemente los brazos.

Son las dos de la tarde.

El doctor está silencioso. El rostro de Samuel está pálido, su mirada es melancólica, y la sonrisa burlona que le daba un aspecto satánico ha huido de sus labios.

—¿En qué pensáis?—pregunta el doctor.

—Pienso en *ella*.

Y esta vez no hay ni ironía en su voz ni expresión burlona en su mirada.

Samuel ama.

Ama apasionadamente, con furor, con locura.

El demonio de rubios cabellos y negros ojos se ha apoderado de su alma, la ha absorbido por completo, ha hecho presa en ella, como el buitre en el cuerpo de Prometeo.

—¡Ah!—responde riendo el doctor.—¿Pensáis en ella?

—Sí.

Este buen hombre, al que, en otro tiempo, Samuel trataba de imbécil, este médico de sonrisa mefistofélica, alza entonces las espaldas.

—Escuchad,—dice.—En vano trataréis de ocultarme la verdad.

—¿Qué hay?

—Amáis á la condesa; luego tenéis un corazón. Esto es de una lógica que envidiaría el mismo señor de la Palisse.

—Y bien...

—Pues que no sois completo. Esta es mi opinión.

—¡Eh! ¿Qué me importa?

—Soy médico, ¿sabéis?, y observo demasiado tarde que he hecho un estudio insignificante. Creía tratar con un hombre sin corazón. Este singular caso me gustaba, me seducía, irritaba mi amor por la ciencia, excitaba mis apetitos de filósofo.

—¡Ah!—dice Samuel.

—Y de pronto os dejáis coger, y, por terquedad primero, por vanidad después, quitáis la querida á D. Ramón.

Samuel trata de ser el hombre de antes; procura que se dibuje en sus labios su antigua sonrisa.

—¿Ese pobre D. Ramón?—dice.

—Sí,—replica el doctor;—pero á estas horas yo quisiera saber si D. Ramón no es más feliz que vos. Primero ha querido matarse; luego ha preferido ser rey en América. Es un suicidio más dulce.

—¿Creéis, pues, que el doctor ha partido?

—Hace tres meses.

—Y ¿no volverá?

—No.

Samuel respira.

—Escuchad,—dice el doctor riendo;—voy á deciros lo que pensáis.

—¡Bah!

—Teméis á D. Ramón. Tal vez si D. Ramón volviese, Raquel...

—¡Callad!

—Tranquilizaos... No volverá. Raquel no le verá más.

—¡Ah, doctor!

—Desengañaos: no tenéis ninguna buena razón para amar á Raquel.

Samuel inclina la cabeza sobre el pecho y no responde.

El carruaje ha bajado rápidamente la avenida de la Emperatriz, llega al lago y se dirige á la izquierda donde se halla congregada la multitud elegante. Samuel no va al bosque más que para ver á Raquel; Raquel, más bella que nunca, con su traje de luto y á cuyo alrededor mariposean los trescientos mozos titulados y millonarios, que esperan sacar alguna cosa.

De pronto, Samuel ahoga un grito.

Una palidez lívida cubre luego su rostro.

—¿Qué tenéis?—pregunta el doctor.

Y sigue con la mirada la mano de Samuel.

Este ha visto el carruaje de Raquel que da al paso la vuelta al lago.

Es un *landau* de casa de Erlhez, de caja azul, dispuesto á la *Demi-D'Aumont* y conducido por dos *jockeys* de chaqueta rayada azul y blanca.

El *landau* está vacío.

Pero la condesa se pasea, seguida á distancia por un lacayo.

Un joven, con el sombrero en la mano, va junto á ella. Ambos conversan familiarmente; él se muestra galante, la condesa sonríe.

Ellos son los que Samuel enseña al doctor.

—¡Mirad!—dice con rabia.

El joven con quien coquetea la condesa de M. no es otro que Singleton; Singleton, ese mocito ridículo, que es bravo como Turena y que ha hecho una vaina para su espada del pecho de Samuel.

Ahora bien: Samuel el atrevido, Samuel el impío y el bravo, tiene miedo de Singleton.

La sola vista de aquel hombre le hiela el corazón.

Ni por un imperio querría Samuel volver á cruzar con él una espada.

—¡Ja, ja!—dice el doctor.—Parece que son muy amigos. ¿Qué opináis?

Samuel, ebrio de rabia, no se atreve, sin embargo, á entregar las riendas á su *groom*; no se atreve á poner el pie en el suelo y abordar á la condesa.

Por el contrario, fustiga á sus caballos y pasa rápidamente por entre los carruajes.

Sin embargo, saluda á la condesa.

Raquel vuelve la cabeza y responde á su saludo.

Pero hay ironía en su sonrisa, indiferencia en su mirada.

Samuel entra en su casa, completamente turbado. Durante el trayecto no ha despegado los labios, y el doctor no se ha cuidado de interrumpirle en sus meditaciones.

El hijo del comediante se encierra en su gabinete, y allí, pensativo, con la cabeza entre las manos, se abandona á sus celosas suposiciones, á esas sordas cóleras que son el martirio de una pasión.

—Sí,—murmura;—esa mujer, á la que he tomado como un juguete, me ha dominado; la amo... la amo locamente. ¡Yo, que me he reído del amor, de la amistad, de la virtud!

»¿Tendría razón mi padre? ¿Será castigado el vicio más pronto ó más tarde?

»Hace tres meses que llevo la existencia de un condenado. Lloro como una mujer cuando la abandono por algunas horas, siento una alegría pueril cuando la vuelvo á ver.

»¡Y esas figuras extrañas que atraviesan mi vida, mejor dicho, esa eterna figura de mi padre muerto, que se reproduce hasta el infinito ante mí!

»Unas veces es un carretero, otras un médico, cuando no un criado.

»Y, en verdad, no puedo engañarme: esos hombres que se parecen todos no tienen nada de común con mi padre.

»El doctor Sarrazin es verdaderamente el doctor Sarrazin; habita en París hace cuarenta años. Todo el mundo le conoce en la calle de Lille.

»El otro doctor, mi amigo, mi ángel malo, más bien pretende que estoy loco.

»Y debe tener razón: es mi imaginación la que me hace volver á ver á mi padre en todos esos desconocidos que se cruzan en el camino de mi vida.»

Mientras Samuel habla así, se oyen en la puerta unos discretos golpecitos.

Es el doctor.

—Entrad, doctor,—dice Samuel, que al pronto no se ha fijado en el cambio operado en su traje.

En efecto: el doctor se ha quitado el vestido parisiense.

Ha abandonado el pardesú amarillo y el pantalón gris del hombre que va á pasearse al bosque de Boloña, por el pantalón *collant* y el largo redingote azul de un habitante de Mannheim ó de Stuttgart.

Lleva altas botas, y de su brazo pende un saco de viaje.

—¡Eh!—exclamó Samuel, con sorpresa.—¿A dónde vais?

—Parto.

—¿Partís?

—Sí: me vuelvo á Alemania.

—Pero ¿estáis loco?

—De ninguna manera.

Samuel creyó soñar.

Después de una breve pausa dijo:

—Veamos, mi buen doctor; explíquémonos.

—No hay inconveniente.

Y el doctor tomó asiento.

(Se continuará)